

m²

SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA/12. SABADO 10 DE FEBRERO DE 2007. AÑO 8. Nº 416

museo

En La Plata está por inaugurarse el primero del país dedicado al elemento más humilde, el ladrillo

PABLO PIOVANO

El libro de un estudio

POR MATIAS GIGLI

Los libros de los estudios de arquitectura deberían ser encuadernados al revés, de atrás para adelante. Porque en este caso lo primero que da ganas de ver es qué está haciendo hoy el estudio Urgell-Penedo-Urgell, uno de los despachos grandes de arquitectura de Buenos Aires. Este nuevo libro, llamado simplemente *50 años*, muestra la parábola de José Antonio Urgell y toda la producción en la que participó con diversos equipos de socios y estudios asociados, a lo largo de toda una vida de trabajo.

Prologado por Alfonso Corona Martínez y editado por Fernando Diez y Tomás Powell para Summa+ Libros, el compendio de obras recorre la trayectoria de uno de los estudios más representativos y que actualmente siguen trabajando bien en nuestra ciudad. Y también exhibe una visión de la arquitectura moderna argentina a través del estudio dirigido en la actualidad por José Antonio Urgell, Augusto Penedo y Juan Martín Urgell.

El trabajo goza de esa pluralidad de pensamiento y de líneas de diseño que representa la producción de las grandes oficinas de arquitectura de nuestro país. Lo que hace de la producción un caudal de obras en que el común denominador se sitúa en el alto nivel de profesionalismo y de correcto nivel proyectual y resolutivo al encarar los temas más diversos tanto de obras nuevas de arquitectura y de urbanismo como de intervenciones en edificios ya existentes y en el que se debió refuncionalizar y ponerlos en valor especialmente en los últimos años.



Con una extensa y exhaustiva cronología se barre año tras año el desarrollo en el estudio desde 1956 en adelante. El libro se abre con la documentación de una obra emblemática de la década de los setenta, el Hospital San Vicente de Paul en Salta, cuando la oficina era Llauró-Urgell. Como segunda obra, el centro administrativo y gubernamental en La Plata, de la década de los setenta-ochenta y en sociedad con Antonini, Schon y Zemborain, enmarcando el área central de la ciudad que fue ganado por un concurso nacional y de 52.000 m2 de superficie total, muestra la envergadura de las obras que realizaba el estudio en esos años con Jaqui Llauró.

Pero si se empieza a hojear el libro desde el final se descubre un estudio joven donde los proyectos aún no están materializados y que abunda en búsquedas y decisiones de riesgo. Se ven proyectos como los Nuevos Tribunales Provinciales de Neuquén, el desarrollo de la Manzana 1 en Puerto Madero, el Hospital Materno-Infantil en Tucumán, el Templo Comunidad Hare Krishna, las oficinas municipales para Tigre, el concurso para el Gran Museo de Egipto y el Dique 2 de Puerto Madero. En medio de estos dos distantes extremos se encuentra un impresionante número de metros cuadrados proyectados y construidos que reflejan la vigorosa trayectoria de un estudio que fue cambiando de perfil al ritmo del país y los años.

Un mu

Jorge Ctibor está terminando de restaurar lo que fue la gerencia de la planta de su abuelo, en La Plata, construida a partir de 1905, para abrir un museo con la historia de ese material. Y ya completó el rescate de un edificio valioso.



POR SERGIO KIERNAN

Hay algo de patriada y de sueño en esto de fundar un museo. Es que un museo es una institución, un gasto prolongado en el tiempo, un lío al que pocas personas se le animan y que suele quedar para el Estado o para grupos asociados. De entre los que no se animan al tema se destacan los argentinos, gente propensa a escaparles a los clubes, las ONG y los comités, y mucho más dispuestos a esperar todo del Estado y a musitar "debería haber una ley" cada vez que hay un problema. Por eso es refrescante que un señor restaure una casa y un jardín, reúna objetos históricos y encargue un proyecto museológico. El señor es Jorge Ctibor, tercera generación de industriales en la fabricación de ladrillos y cerámicos, y el tema de su museo es justamente ése, el ladrillo.

La fábrica nació en 1882 para abastecer a ese proyecto increíble, la ciudad de La Plata, de ladrillos. La firma Carbonier y Portalis arranca en un potrero lejano, al norte de los piolines que marcaban las diagonales y con tecnología más artesanal que industrial. Francisco Ctibor (el apellido se pronuncia *Stibor*) entra en escena en 1905. El ingeniero era checo pero venía de París, de trabajar con Gustave Eiffel, el profesional más famoso de su época. Argentina, en esos tiempos idos, era un mercado formidable y Ctibor se quedó por aquí al ganar la licitación para construir la cloaca máxima de la ciudad. Fue entonces que compró la fábrica de ladrillos, para proveer a su propia obra, y la transformó en una planta en serio, con lo más avanzado de sus tiempos.

La "fábrica de ladrillos a vapor con sistema Hoffman" compró maquinarias alemanas y contrató a lo largo de los años a inmigrantes de todos los confines. Alrededor de la planta, puro campo, fue naciendo un pueblo de casas: la casona de ladrillos de Ctibor, la casa de madera prefabricada, encantadora y norteamericana, la tercera casa de ladrillos para la familia, y una infinidad de casas para técnicos, obreros y empleados, ya demolidas sin dejar rastros. La planta proveyó por muchos años a La Plata, a Buenos Aires y a ciudades del interior, y terminó teniendo sus propias historias de pueblo chico, como la de las mulas que despertaban a las cinco en punto, de lunes a sábado, cuando sonaba el silbato-despertador, pero que eran inamovibles los domingos.

La planta llegó a tener 140 trabajadores, compró motores diesel apenas estuvieron en el mercado, tuvo sus propios rieles de carga y descarga, y alisó completamente la lomada donde se asentaba. Eventualmente, se había cavado hasta la cota permitida y hubo que empezar a traer tierra de otros lugares. En 1995 la fábrica fue desactivada, por la simple razón de que la ciudad ya la había alcanzado y rodeado. Lo que eran dos huellones camperos eran ya el Camino Centenario y el Camino General Belgrano, lo que era pasto duro era ahora puro barrio. Cerámica Ctibor se mudó en 1998 a una planta modernísima y la vieja fábrica quedó en silencio.

El que llegue hoy a la altura de Centenario al 2000 se va a encontrar con un megahipersupermercado que parece un gran cubo abandonado entre hectáreas de estacionamiento asfaltado, puntuado de arbolitos. Para mayor extrañeza, podrá ver que, a diferencia del típico mercado megalómano, éste posee dos grandes chimeneas de ladrillería, impecables y paraditas como esculturas entre tantos coches. Es más, justo sobre la avenida podrá ver un edificio extraño y bello, con una base de ladrillos de vago aire medieval sobre el que se



FOTOS PABLO PIOVANO



La casona de ladrillos bayos se alza en un terraplén que supo ser el nivel original del terreno, cavado para hacer ladrillos. Los restauradores rescataron muchas piezas originales, incluyendo varias de madera de la linda cenefa de la galería, y las pinoteas de cielorraso y pisos que se ven en la foto inferior. Un toque de estilo en la sencilla casa son las tramas de ladrillos en la línea de remate.

useo para el ladrillo

alza una estructura de metal y una techumbre de chapas, todo muy oxidado. Es el horno mayor, en parte de 1882 y en parte ampliado por el primer Ctibor, que espera confiado un nuevo uso (y sería, opina uno, un restaurante formidable).

Por el lateral del mercado se encuentra el futuro museo, la vieja casona que fue la administración de la planta. Es un caserón parejo, por supuesto de ladrillos, que a primera vista parece levantado sobre un terraplén pero que originalmente estaba a nivel de un terreno que, por supuesto, fue cavado. Es una casa que ya la quisiera uno: 300 metros cubiertos, en U y abrazando un patio panzudo y techado, fresca por sus techos altos. El exterior nunca fue revocado y muestra en sus remates un simple y elegante entramado de ladrillos, su único lujo junto a unas coquetas rejas ornadas. El restaurador Guillermo García está casi terminando la obra, con el rigor tranquilo que lo caracteriza: cateos abundantes para determinar cómo era el edificio original y saber qué hay que sacar y qué hay que reponer. Así, volaron los revoques internos, muy posteriores a la obra original, se reabrieron aperturas y se cegaron otras, volviendo atrás la película.



Lo que se ve hoy y se inaugurará en cosa de semanas es perfectamente creíble: cielorrasos de pinotea oscura en tablas delgadas, pavimentos de pinotea ancha y flotante, paredes de ladrillo a la vista, altos zócalos. Además de rescatar todo lo rescatable –bronces, picaportes, rejas, celosías, maderas, zinguerías y bajadas pluviales de hierro dulce– el equipo de García aprovechó que el ingeniero Jorge Ctibor había rescatado las demoliciones de la fábrica para hacer el supermercado. Así se pudieron reemplazar las pinoteas arruinadas aprovechando las viguerías de uno de los galpones de secado –que tenía una hectárea de superficie y debía contener un verdadero bosque–. Y al que mire de cerca los muros interiores le señalarán una peculiaridad: están hechos con ladrillos que no se podían vender, por crudos o por demasiado cocidos. Parece que desde que el mundo es mundo las ladrilleras tienen, en cada hornada, un porcentaje de ladrillos que se pasan o no llegan a punto. Esos ladrillos se usan para construcciones propias. Así, la casona exhibe paredes de ladrillo ennegrecido y paredes casi rosadas, de ladrillos "bayos".

El único agregado a la casona fue accidental. Resulta que abajo de una de las patas cortas de la U, donde por siempre estuvo el despacho del presidente de la firma, apareció un pozo de basura anterior a la casa. Sus contenidos fueron cuidadosamente excavados e incluyen desde frascos de esencias que importaba el primer Ctibor a botellas de agua mineral francesa anteriores a la Primera Guerra Mundial, pasando por piezas de juegos de vajilla que, todavía hoy, la familia sigue usando. El pozo fue reforzado y se cavó una entrada para visitantes, que podrán ver una muestra de lo que se encontró en él.

Para un futuro quedarán dos estructuras menores adosadas a la casa principal, que fueron vivienda de gerentes y jefe de planta, y que son posteriores a la primera construcción. Estas alas servirán de talleres y oficina para el museo. La futura exhibición, planeada por la arquitecta Cristina Avinceta, se propone poner en contexto una actividad industrial fundamental. Uno piensa que siempre hubo ladrillos y que deben aparecer como los hongos, por sí mismos. Pero como todo en esta vida, son un producto simple de una cadena de producción complicada. Esta es la historia que se proponen contar y las exhibiciones incluirán la reconstrucción del escritorio original –la oficina de administración, máquinas, herramientas y por supuesto muchos ladrillos–.

Entonces, pronto se podrá recorrer el museo, mirar el horno y las chimeneas, y asomarse a las tres casas de enfrente, todas de época y todas propiedad de la familia. En un país que no tiene ni un museo de arquitectura –El Marq de Callao y Libertador es en realidad una sala de exhibiciones–, este museo del ladrillo resulta, como se dijo, una patriada. Y también el rescate de una casa francamente encantadora.



CAL Y ARENA

Allá en Hudson
El emprendimiento de renovación urbana en la vieja maltería de Hudson, donde la autopista a La Plata se abre a Mar del Plata, acaba de lanzar un nuevo módulo. Se trata del complejo de oficinas Estudios de la Maltería, de 4000 metros cuadrados sanamente dispuestos en apenas tres pisos de altura. La construcción recién comienza, pero ya tiene comprometido un tercio del espacio a un grupo inversor extranjero. Para julio, Pampas Pueblo de Hudson va a inaugurar su plaza comercial en los viejos edificios de la fábrica –donde se realizó Estilo Pilar de este año.

Las tiendas
El Museo de la Ciudad tiene abierta la muestra Tiendas y Negocios, y todo lo que allí se vendía, que funciona como una recorrida de ese estilo de merchandising casi perdido entre nosotros, el que tuvo como símbolo a Harrod's. La muestra incluye fotografías y objetos de varias tiendas, joyas como la peluquería infantil de Harrod's, las escenografías de Gath & Chaves, el mobiliario original de la zapatería Podestá y colecciones de vajillas de los bazares Dos Mundos, De la Luna y Colón. En Defensa 219, todos los días de 11 a 19.

Impermeable
La firma Tersuave presentó el nuevo impermeabilizante T-Flex 450, un elastómero de base de agua que garantizan es muy durable. El producto es elástico, por lo que no lo afectan las dilataciones causadas por los cambios de temperatura ya que se estira y adapta al movimiento de los materiales.

Posgrado
Ya va terminando el plazo de inscripción para la carrera de Restauración de Edificaciones Históricas en la UCA. El formato es de quince seminarios y un taller en tres cuatrimestres a partir de marzo de 2007 y 150 horas de laboratorio en el cuarto cuatrimestre. Dirige el máster en restauración Marcelo Magadán. Informes e inscripción en Alicia Moreau de Justo 1500, 4338-0756/7/8, *posinge@uca.edu.ar*.

Para comunicarse con metro cuadrado:

metro2@pagina12.com.ar

Un edificio estropeado

Aunque suene cansador, repitamos un postulado: estropear el patrimonio cuesta dinero. Como bien saben los profesionales que se dedican a la reparación, la puesta en valor y la restauración, es raro encontrar una tapera sin remedio. El tiempo degrada, gasta, hunde, moja y parte, pero pocas veces desaparecen elementos, disgrega, esfuma. Para eso están las remodelaciones, las modernizaciones, las ganas de renovarse, como si un edificio fuera un peinado.



En Chacabuco 78, a centímetros de la Avenida de Mayo, se puede ver un ejemplo de esta tontera: están pintando un edificio precioso que calentaba el corazón con su fachada en símil piedra en buen estado. El edificio es un lindo ejemplo de Art Noveau de influencia española, sin tanta flor o curvas como el mitteleuropeo, con mucho de línea recta. Son edificios de fuerte verticalidad, ornados y con herrerías preciosas. Curiosamente, hace relativamente poco le habían recuperado la planta baja, cuyos locales estaban tapados por la habitual purulencia de carteles. Daba gusto ver una fachada con locales realmente completa y sin interferencias.

Pero la semana pasada aparecieron las telas y los andamios colgantes y empezaron a pintar el edificio, para peor al mejor estilo enanito de jardín. Los paños principales de la fachada van en blanco, los ornamentos en verde, como para que todo parezca una quinta de pueblo. El problema es que no hay marcha atrás porque despintar una fachada es prácticamente imposible, con lo que el catálogo de edificios valiosos de Buenos Aires acaba de perder un diente.

En esta ciudad sin ley resulta mucho pedir, pero tal vez alguna día se pueda reglamentar lo que se puede hacer y lo que no con nuestro paisaje. Pero en este Salvaje Oeste porteño, Chacabuco 78 pasó de tesoro a payasada.

GUSTAVO MUJICA



En el laboratorio

–Mirá la vecina haciendo la siesta. Eso debería declararse patrimonio y no sepulcros históricos, habitaciones donde pernoctaron próceres truchos y cosas por el estilo. Deberíamos declararlas a las dos, a Ella y a la Siesta, la bendita y sagrada Siesta. Porque si no hacemos algo rápido flaco, esta especie en extinción se nos va, desaparece. Y vos podrás vivir sin ella, pero yo no. Definitivamente, no.

La rutina semanal de Juan y Matías camino al laboratorio recibía ese providencial regalo, los jueves y viernes, cuando Guadalupe visitaba a su abuela y protagonizaba esa celestial escena. Desde la vereda, en puntas de pie, los dos pugnaban por ver a esa aprendiz de Lolita, que siempre se presentaba semioculta por mullidos almohadones, libros y el mismo tejido interminable de todos los años. Después de la canchita de la esquina, del deportivo y de las milanesas maternas, ella ocupaba un lugar de privilegio en sus preferencias.

La amistad entre Juan y Matías había comenzado el día que terminaron la secundaria sin rumbo fijo y juntos –por casualidad– decidieron rescatar de un volquete un montón de cosas viejas. Las mismas que después terminaron en la biblioteca y la sala de la comisión directiva del club del barrio. Con el tiempo, se fueron perfeccionando en eso de recuperar y reciclar. So pena de soportar las cargadas de sus amigos porque, según ellos, eran demasiado jóvenes para esas cosas. Como armadura de autodefensa, ambos habían elaborado una justificación. A pesar de la amistad y los momentos que compartían con sus amigos, creían que ellos sin saberlo estaban influidos por los ideólogos del cambio. Una especie de escuadrón de mano dura dispuesto a acabar con todo resabio de identidad, que vivía mutando permanentemente. Los dos habían tenido familias que se pasaban de mudanza en mudanza, y padecieron el cambio continuo en carne propia. No bien hacían amigos en un barrio ya tenían que dejarlos para encontrarse con otros. Quizás esto haya disparado su fobia contra los mutantes, como ellos llamaban a los miembros de la secta del cambio.

Al principio, con reduccionismo adolescente, pensaron que todo se trataba de una lucha entre el bien y el mal, entre mutantes y pasatistas. Pero después se dieron cuenta de que el tema ni tan blanco ni tan negro. La gama de grises era infinita y a menudo cambio y permanencia se confundían. De sus eternas discusiones, habían llegado a una ecuación que les pareció sensata. Viendo que los extremos las más de las veces se nutrían como dos partes de un mismo organismo, optaron por rechazar el pasado como lastre y el presente como sinónimo de mutación constante. A menudo, este discernir entre qué recuperar y qué dejar atrás era visto por los mutantes como un signo de hibridez: de allí que les decían los "ni". Ni esto ni aquello, ni lo uno ni lo otro. Pero sí lo uno y lo otro, o bien sí esto o sí aquello, aunque no siempre. En suma, aplicando criterio en el obrar y el pensar. Y esta vocación inclusiva, esta preocupación por evaluar las causas y los efectos de los cambios y las permanencias, despertaba críticas de sus amigos y, algo que les molestaba aún más, adhesiones de sus enemigos.

Cuando llegaban al laboratorio y se reunían con sus compañeros en la tarea común que por años venían realizando, su ánimo cambiaba y allí se sentían en plenitud. Atrás quedaba Nabokov y la siesta, y se enfrascaban en la construcción de pasados y futuros posibles. Algunos opinaban que sus maquetas eran ejercicios de ciencia ficción, vanos, sin sentido. En algo coincidían Juan y Matías con este argumento: el valor de un texto de ciencia ficción. Precisamente fue la lectura de un clásico del género, *El hombre en el castillo*, de Philip K. Dick, lo que fundamentó en buena parte su trabajo en el laboratorio.

El libro de Dick relata un mundo alternativo, derivado del triunfo de la fuerzas del Eje sobre los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Esta visión alternativa era la que habían aplicado para adentrarse en la historia de nuestra cultura, y preguntarse cómo serían nuestras ciudades si no se hubiesen cometido dislates mayúsculos en aras del cambio o de la fuga al pasado. En cada habitación de la casa abandonada había grandes maquetas de ciudades y lugares en subjuntivo, escenarios posibles si la sensatez hubiera triunfado sobre la yuxtaposición y la ruptura recurrentes. En un dormitorio estaba Salta, tal como era antes de la ley provincial que en 1952 impuso que toda construcción dentro del ejido debía hacerse en "estilo español o sus derivados", y que provocó la sustitución de muchas casas coloniales auténticas por otras en un rimbombante tardo colonial que hoy también forma parte de su patrimonio.

En el cielorraso, podía leerse la memorable carta enviada por Mario J. Buschiazzo al municipio salteño, donde afirmaba que esas casas coloniales equivalían a salir a la calle vestido con jubón, calzas, golilla y espadín, o bien carrozar un Chrysler 1957 con las formas barrocas de la carroza de Luis XV y vestir al chofer con casaca y tricornio. Siguiendo por un pasillo empapelado con recortes de declaraciones versus hechos inapelables, se llegaba a un dormitorio donde estaba el Palacio Municipal de La Plata sin las torres anónimas que lo flanquean y sepultan, y más atrás el viejo Teatro Argentino de esa ciudad, recién incendiado, haciendo aún más evidente la traición disciplinar.

Finalmente, lo que podría haber sido un lacrimógeno recorrido repleto de lamentos imposibles, encontraba en el patio cubierto su verdadera razón de ser. En él cobraba cuerpo la conjunción anhelada. Una inmensa ciudad se mostraba en armonía, edificaciones en altura bendecidas por la coherencia de un Plan Regulador; corredores verdes atravesando –resabios de antiguas cirugías ferroviarias o tranviarias–, fortaleciendo y nutriendo barrios con plazas y parques magníficamente equipados; multiplicidad de barrios históricos con un catálogo de estilos y con arquitectura contemporánea conviviendo magníficamente; docks portuarios sin techos a dos aguas; arterias sin polución visual, y así todo. La visión final no era pasado ni futuro, era solo deseo. Y esperanza a la vez. Aun sabiendo que el exceso de "If..." podía desequilibrar un sueño común, y que podría ser visto más con aire de encíclica que de documento para repensar. En esa gran maqueta, no estaban presentes vocaciones necrológicas vanas ni las desidias cotidianas que observamos en el espacio urbano. Un espacio que –como afirmara Ernesto Sabato– sentimos más como un cuarto de hotel en el que podemos limpiarnos los zapatos con las cortinas sin ser vistos, que como una instancia en la que los individuos puedan alcanzar un desarrollo pleno en sociedad. Y en ese laboratorio de Santos Lugares, se respiraba esto, antes que sueños frustrados y añoranzas de tiempos idos: se sentía un hormigueante deseo de Cambio con Sentido. Algo que Juan y Matías se habían encargado de aclarar de antemano en el ticket de entrada: "Ni tributo a Mary Shelley ni Historia de la Infamia. Sólo Memoria en Acción".